

EL LIBRO EN TIEMPOS DE CARLOS V

Por EULALIA SAN AGUSTÍN
Directora de la Biblioteca Provincial

Pocas veces presenta la historia una figura de tan varios valores como la del Emperador Carlos V. Una vida de intensas campañas guerreras por la defensa de la fe católica y apostólica romana, no impide la ejecución imperial de empresas de distinta calidad y envergadura.

Heredaba el César de sus abuelos maternos, los Católicos Reyes de España, una larga tradición legisladora y cultural, a la que se añadía por el lado paterno el hondo influjo del abuelo Maximiliano, notable protector de artes y letras. No es de extrañar, pues, que la vieja querrela de armas y letras se armonizara en el más completo de los príncipes renacientes para dar como resultado una política de doble vertiente, acreditada por brillantes hechos de armas y excelentes medidas culturales.

Pasando al campo bibliográfico, en el que, como es natural, halla reflejo todo movimiento artístico, literario o científico de cada generación humana, la labor del Emperador es intensa. Con un gusto de avanzado sello italianizante y una orientación que pudiéramos llamar democrática, el Emperador pone de moda las pequeñas ediciones flamencas. Protege, con este fin, a la familia Plantin de Amberes, cuyo lema «Labore et constantia», tanta honra logró.

En la historia del libro durante el reinado del Emperador Carlos V hay dos épocas: Una primera o de juventud, en que todavía perdura el gusto de tradición gótica, cuyos modelos son las obras salidas de los copistas e impresores protegidos por el filántropo Maximiliano. Están en este primer momento presentes los extraordinarios libros manuscritos de la escuela flamenca, de que son típicos ejemplos los cinco *Cantoriales*, llamados «De las Águilas», y los *Pasionarios* del Cardenal Mendoza, conservados en la actualidad en la Catedral de Toledo. Asimismo, la obra maestra de la miniatura renacentista española, el *Misal Rico de Cisneros*, realizada por artistas toledanos en el primer cuarto del siglo XVI.

En el segundo período del reinado o de madurez, se afirman ya novedades recién incorporadas a las artes del libro. Se introduce el grabado xilográfico o en madera, que había comenzado su vida en las estampas de devoción editadas en la región germánica y en las que in-

tervinieron muchas veces las manos maravillosas de Durerero o Lucas Cranach. Otra novedad es asimismo la introducción de la portada en el libro, de la que careció casi siempre en el período de los incunables. Son estas portadas magnífico ejemplo del primer renacimiento germano y del plateresco hispano. Este último arte, por el tamaño menudo de su motivación, procedente de las artes menores, se prestaba idealmente para la ilustración del libro.

A medida que avanza el reinado, la moda italiana se hace sentir cada vez con más fuerza. En el libro, se sustituye la letra gótica por la romana o *aldina* (de su creador Aldo Manucio) y se actualizan las ilustraciones de puro sabor clásico de los impresores italianos. Sin embargo, el 50 por 100 de los libros editados en Italia, se escriben en castellano, la lengua ecuménica de la cristiandad en aquel siglo.

Igualmente en español se hallan escritos los dos tercios de la producción libraria flamenca. En el establecimiento plantiniano de Amberes, que tenía sucursales en París y Leyden, se hicieron maravillosas ediciones de pequeño formato, amplia tirada y precio reducido. A través de ellas, el libro encuentra difusión completa en la sociedad europea y deja de ser patrimonio exclusivo de los poderosos. Hace su aparición, para posterior enojo de estudiantes universitarios, la primera Bibliografía General, el *Catalogus Librorum qui in typographia Plantini prodiderunt*, de Cristóbal Plantin.

El grueso de la producción de libros, en su mayoría editada en Alemania y Países Bajos, se componía de libros populares de piedad, entre los que destacan los llamados *Hortulus Animae*, imitación impresa de los bellísimos «Libros de Horas» de la escuela flamenca y franco-flamenca. Igualmente muy frecuentes fueron los «Libros de Santuarios», para uso de peregrinos, «Gvía de Wittemberg», ilustrado en el taller de Lucas Cranach.

A mediados de siglo, el abuso del grabado xilográfico y la aparición del grabado en metal, modificaron la ilustración del libro. La del reinado de Felipe II es la «Biblia Regia» (1569-72), dirigida por Arias Montano y editada por Plantino, en donde la calcografía alcanza calidad insuperable.

Si comparamos este panorama de la industria europea del libro con el que ofrece en el solar hispano, las diferencias son notables. La falta de protección a una industria recién nacida, como la nuestra, produjo efectos deplorables. Sin embargo, las ediciones se salvan, como es costumbre en esta tierra cervantina de las improvisaciones, con la originalidad de la composición tipográfica y de la ilustración. En este tipo de edición sencilla y con preciosos grabados en madera, se hallan impresos nuestros clásicos («Tirant lo Blanch», «Amadís», «La Celestina», el «Quijote», «Comedia» de Lope).

Entre nuestros impresores relevantes figuran Arturo y Juan Cromberger, de Zaragoza, autores de una edición excelente de «La Celestina» (1525). En Alcalá de Henares trabaja el más renacentista y avanzado de nuestros impresores, Guillén de Brocart, al que se debe la famosísima *Biblia Políglota Complutense* (1514-17), dirigida por el Cardenal Cisneros y denominada en su tiempo «el milagro del siglo».

Miguel de Eguía, continuador de Brocart, consigue en Alcalá muy cuidadas ediciones («Claros varones de Castilla», de Hernando del Pulgar, 1526). En Toledo, la imprenta se halla durante largo tiempo vinculada a la familia Ayala (1530-1578) y a su continuador Rodríguez. El traslado de la corte a Madrid, afectó más tarde notablemente a ambos impresores.

En el reinado de Felipe II, cuando la decadencia producida por las luchas religiosas afectaba la industria del libro en los países protestantes, los impresores hispanos empezaron un camino ascendente en el mercado mundial. Otro Carlos, el III de España, les dispensará una decidida protección, que les hará conocidos en Europa a través especialmente de las magníficas ediciones de «El Quijote», de Ibarra y Sancha.

De todas estas obras de gran valor bibliográfico, tanto del período imperial que nos ocupa, como de los anteriores y siguientes, existieron magníficos ejemplares en las colecciones reales y particulares, y se encuentran hoy en su mayor parte conservados en las Bibliotecas Nacional, de Madrid, Provincial, de Toledo, y Biblioteca del Monasterio de El Escorial.